

món que debemos escuchar en silencio durante media hora o tres cuartos de hora. Sabemos también que después de haber cumplido este deber podemos no pensar más en ello, teniendo la hermosa confianza de encontrar otro sermón cuando sea necesario.

Si por el contrario, consideramos al predicador como un mensajero de vida o muerte; si creemos que en las dos horas que se le conceden cada semana él puede hablar a los espíritus que le están encomendados y que ve correr a su pérdida, y que

en la media hora que dura su sermón les puede hacer avergonzarse de sus pecados y despertar de su sueño de muerte, entonces miramos con otros ojos el elegante aparato que rodea la cátedra de donde descenderá el fallo; no admitiremos ya las sedas y el oro; no soportaremos flores de retórica en boca de un mensajero; queremos oír palabras sencillas y queremos que el sitio de donde caigan se asemeje a la roca de mármol en torno de la cual, en el desierto, se agrupaba el pueblo de Israel, moribundo de sed.

Notas

LOS GRANDES HOMBRES (*Les grands hommes*) es el título de la traducción francesa (E. Flammarión, editor, París) de una obra reciente del físico alemán **W. Ostwald**. Aunque no tenga fama de escritor justiciero y exacto, este sabio profesor es siempre leído con verdadero interés e innegable provecho. Citemos 3 frases:

“Los alumnos particularmente bien dotados no están nunca satisfechos con lo que les ofrece la enseñanza ordinaria.” (Pág. 5).

“Los futuros inventores han sido casi siempre malos escolares, independientemente de la organización de la enseñanza y de la precocidad que algunos de ellos, como el químico Davy, han manifestado. En otras palabras, por lo general, los jóvenes mejor dotados, aquellos que justamente podrían acomodarse mejor a las exigencias de la escuela, son los que más enérgicamente resisten a la forma de desarrollo intelectual que se trata de imponerles.” (Pág. 28).

“...En esto reconocemos lo ventajoso que fué para Faraday el no haber ido a la escuela”. (Pág. 95).

LA LONGEVIDAD en todos los tiempos (*La longévité á travers les*

ages, Flammarión editor, París) es un libro que deben leer los demasiado pesimistas. Su autor, el Dr. **M. S. Legrand**, demuestra que la duración de la vida humana ha venido aumentando sin cesar desde los tiempos prehistóricos hasta hoy. Y esto considerando sólo el **largo** de la vida (número de años vividos) y no tomando en cuenta su **ancho** (labor realizada durante esa vida). Legrand sostiene que la proporción de ancianos es hoy doble de lo que era hace 7 siglos, admitiendo que el hombre deba durar normalmente no menos de 100 años.—El factor más importante del progreso de la longevidad es, seguramente, el progreso de la higiene, pública y privada: régimen alimenticio, aseo, campo concedido al sueño, buena conducta moral, serenidad para tomar las cosas como vienen, etc. A igualdad de circunstancias y condiciones, son las personas metódicas y sobrias en todo las que gozan de mejor salud y logran, por consiguiente, una vida más grande. Por esto, por ejemplo, se cuentan más ancianos entre los matemáticos, los sacerdotes y los magistrados que entre los autores dramáticos, los novelistas o los poetas.